



DATOS CATALOGRÁFICOS

Autoría	Rudolf Fuchs (Viena, 1868-1918)
Lugar de producción	Viena
Lugar de procedencia	Viena
Título/nombre objeto	Cuadro de la Virgen con el niño
Fecha	1868-1918
Medidas	86x70x1,8 cm
Materiales/técnica	óleo
N.º Inventario	3305
Ubicación en el museo	Habitación de matrimonio

DESCRIPCIÓN

Originaria de un dormitorio matrimonial, la pieza compartía espacio en el hogar con otras imágenes devocionales marianas o dedicadas al Sagrado Corazón. Pero las relaciones de parentesco iconográfico que traza esta Virgen con el Niño son más amplias. Tiene numerosas hermanas gemelas, esparcidas por capillas y casas de subastas europeas. El autor del original, el artista vienés Rudolf Fuchs, creó imágenes femeninas imbuidas del exótico erotismo de los Salones tardodecimonónicos. Sin embargo, en esta pieza prevalece otra faceta de la pintura finisecular: la necesidad de masificar el modelo más consensuado por el régimen representacional vigente.

Como expresión de una nueva estética de la devoción, las Vírgenes del periodo inhabilitaban el misticismo meditativo y doloroso de las estampas tradicionales. Las imágenes que proliferaron en su lugar crecieron en sentimentalidad e infantilismo, para convertirse en unos eficientes manuales visuales de comportamiento. Así, las jóvenes que repetían delante de estos iconos la ritual plegaria, aprendida de sus madres o maestras religiosas, interiorizaban el modelo a imitar. Amable, contenida y capaz de sublimar los impulsos hormonales, para convertirlos en apariencia impecable, María -o la nueva Eva- anulaba la diferencia entre pureza, aspecto admirable y un código de comportamiento que cimentaba el nuevo orden social.

RELECTURA

Tema Relacionado

Género y religión

Relectura

Los cambios en el tipo mariano correspondían a un proceso europeo, de compleja idiosincrasia local. La feminización de la religión, que acompañó al afianzamiento del orden burgués en Occidente, se desplegó en tres vertientes: el auge de la devoción a la Virgen, la práctica desaparición de los hombres del grupo de feligreses y el creciente rol de las nuevas congregaciones femeninas volcadas en el trabajo social y la enseñanza.

La primera característica reflejaba el dogma de la Inmaculada Concepción de 1854; la segunda plasmaba la recomposición de los creyentes, que reservaba al hombre la esfera pública de la producción y el intercambio de bienes e ideas, dejando a la mujer la práctica espiritual, dictadas por las fuerzas políticas heredadas del Antiguo Régimen. En España, la reformulación contó tanto con la debilidad y tardanza del liberalismo, como con el encarnizado antagonismo entre este y la Iglesia. Aún durante la época isabelina, la sociedad burguesa trató de ofrecer a las mujeres el moderno modelo de los países avanzados. Se trataba del Ángel del hogar, una burguesa recluida en la esfera privada, responsable del consumo familiar y de la trasmisión de los valores morales a las generaciones siguientes; un rol que le dotaba de una pretendida naturaleza, irracional, frágil y espiritualizada, por oposición a la masculina.

Simultáneamente a la citada innovación, la Iglesia nacional emprendió una campaña para neutralizar el marco cultural rival del liberalismo, atrayendo la fidelidad femenina. El artífice fue el obispo catalán Antonio María Claret, canonizado durante el franquismo, un siglo después de ejercer de confesor de Isabel II y de publicar los escritos fundamentales de la *Pastoral de la Mujer*. Podemos sintetizar el mensaje con sus propias palabras de 1862-4: "la más grande de sus maravillas [del cristianismo] ha sido la santificación y perfección de la mujer [...] En el mundo moral el trono es de la mujer

como en el físico es del hombre [...] Es el medio que nos queda para reformar la familia, la sociedad y el mundo entero. [...] que las mujeres se instruyan bien, y practiquen con frecuencia y perfección la religión, y la enseñen a las generaciones nacientes".

Una década después la Virgen neocatólica vista como "mujer fuerte" había absorbido tanto de la moderada sociabilidad burguesa del Ángel del hogar, que las carlistas tuvieron que reforzarla, inaugurando su apertura hacia la esfera política de la derecha. Las Margaritas, llamadas a servir como enfermeras de batalla, pero también a exhibir su tradicionalismo y sus peinetas en la calle, leían en la prensa estas consignas: "Qué hermosa es nuestra bandera. En ella, al lado de las santas palabras Dios, Patria y Rey, ha escrito doña Margarita, Virtud, Amor e Ilustración".

Hacia finales del siglo la amable y bien educada religiosidad de la burguesa se había fusionado con la superioridad moral de la neocatólica, llamada a recristianizar el mundo desde dentro. Las dos mujeres modélicas eran, ante todo, madres ideales, educadoras y civilizadoras, cuya misión empezaba a trascender la reclusión doméstica. Los graves problemas sociales amenazaban con el acercamiento de las clases desfavorecidas a los postulados progresistas; en el caso de las mujeres en España probaron suerte diferentes formas de feminismo laico, algunos con ambiguas relaciones con la izquierda. Con esta perspectiva, la Iglesia buscó el apoyo de las católicas, movilizando su pretendida sensibilidad alterocéntrica, compasiva y maternal, a la vez que conservadora. Las llamadas al asociacionismo religioso lanzaron a oleadas de mujeres pudientes a la calle en amplias campañas de beneficencia, significativamente pregonadas por la autoridad religiosa como "el verdadero feminismo". Esta limitada intervención en el espacio público tuvo que esperar a las primeras décadas del XX, para alcanzar su pleno potencial dentro de las estructuras de los movimientos que posibilitaron la llegada del franquismo. Pero antes, la socialización femenina inspirada en los nuevos modelos marianos, tuvo un carácter prioritariamente relacionado con la educación. Siguiendo el modelo decimonónico de las congregaciones religiosas femeninas, las madres de familia y las maestras dedicadas a la enseñanza de las niñas eternizaron una educación práctica, dirigida al corazón y destinada a dispensar valores morales y utilidad para su entorno. La mujer ideal fue forjada a través de las lágrimas de emoción que subliman las pulsiones adolescentes, el culto al orden y la diligencia, propios de la organización doméstica burguesa y de algunas asignaturas de adorno, destinadas a pulir la apariencia de buena posición social. El conjunto cimentaba indisolublemente el ideal de la domesticidad, la compensación de la maternidad social y la representación teatral del género, perpetuada a través de la reiteración ritual.

BIBLIOGRAFÍA

ARCE PINEDO R. (2008) *Dios, patria y hogar: la construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*. Santander, Universidad de Cantabria.

ARESTI ESTEBAN, Nerea (2000) El ángel del hogar y sus demonios. Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX, en *Historia contemporánea*, 21, 2000, pp. 363-394.

BALLARÍN DOMINGO, P. (2001) *La educación de las mujeres en la España contemporánea. (Siglos XIX-XX)*. Madrid, Síntesis.

BLASCO HERRANZ, I. ed. (2018) *Mujeres hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*. Valencia, Tirant Humanidades.

BLASCO HERRANZ, I. ed. (2005) Género y religión: de la feminización de la religión a la movilización católica femenina. Una revisión crítica, en *Historia social*, 53, 2005, pp. 119-136.